

En vísperas de la Comunidad Sudamericana de Naciones

DEL YO AL NOSOTROS: LA SOBERANÍA AMPLIADA

Por Mario Casalla

Siempre se ha señalado que el fenómeno de la globalización ponía en jaque el concepto tradicional de “soberanía”, aunque a esta comprobación (harto sencilla por lo demás) no le siguiera un debate suficientemente decidido y profundo sobre el tema. En lugar de ello lo que proliferaron fueron los extremos: *globalizadores* versus *soberanistas*. Para los primeros las soberanías estaban prácticamente liquidadas y de lo que se trataba era de enterrarlas más o menos indoloramente; para los segundos, las soberanías nacionales serían los núcleos duros de resistencia a esa globalización impertinente y domiciliaria. La falta de matices y las respectivas estrategias políticas y económicas que cada una de estas posturas encierran, impiden ver dos cuestiones de fondo y simultáneas: que la *mundialización* es un fenómeno irreversible de nuestra civilización (de la cual el fenómeno “globalizador” es sólo un modo y un momento) y que, sin embargo, ese proceso creciente de universalización se hace, a su vez, desde *localizaciones espaciotemporales* persistentes que, en general, tienen la forma y la historia de estados nacionales.

Es cierto que cada vez más aspiramos a ser “ciudadanos cosmopolitas”, o bien tecnológicos navegantes de “la nave espacial tierra”, pero también lo es que cada uno de esos sueños y de esas aspiraciones los tenemos desde un *lugar* siempre concreto y específico: la ventana de nuestra casa, el barrio, el país, el norte o el sur de tal o cual continente, etc, etc. La primera *situacionalidad* la da nuestro propio cuerpo físico (no somos ángeles, ni almas desencarnadas) y el resto lo aporta ese cuerpo social y cultural que llevamos adheridos como segunda e intangible piel y que el lenguaje inaugura de manera rotunda e inapelable. Quien quiera, en consecuencia, pensar lo que viene (anunciado ya en el presente) deberá atender ambos procesos a la vez : el de lo universal y el de la parte, el de la comarca provinciana y del mundo inevitable, el del ciudadano idealmente cosmopolita y el del esperanzado viajero que – sólo con el indispensable pasaporte a cuestras- transpondrá (legalmente) la puerta que media entre ese “no lugar” que es cualquier aeropuerto y la primer vereda del “otro país”. Y si intentara hacerlo de otra manera, ya se encargarán rápidamente de comunicarle que todavía la “ciudadanía del mundo” no se encuentra en vigencia, aún cuando nos la prometan día a día. El reciente film *La Terminal* es sumamente expresivo al respecto.

La clave está entonces en pensar ambos procesos en paralelo: la mundialización y la localidad. La primera sin la segunda es abstracta (imposible e inhumana); la segunda, cerrada sobre sí misma, también. En vísperas de constituirse una cierta Comunidad Latinoamericana de Naciones, el problema vuelve a repetirse. Ahora en términos de *nación* versus *región*. Cuando, bien vista la cosa, ésta última no es sino el nuevo nombre de la segunda en su larga marcha hacia el *mundo*. Me parece aquí de utilidad introducir un concepto filosófico específico y nuevo: el de “*soberanía ampliada*”.

Del yo al nosotros: nación y región

Lo primero será comprender que el modelo de nación soberana del siglo XXI, no podrá ser el del “nacionalismo” del siglo XIX. Lo que está agotado y resulta inviable, no es entonces el concepto mismo de soberanía, sino ese otro: el de una soberanía autárquica, autosuficiente y expansiva; con una concepción esencialmente “egoísta” (yo) y rentística de la vida, siempre a la defensiva (del “otro” que amenaza sus fronteras), siempre presto para la guerra y esencialmente insolidaria. Por el contrario, un proyecto actualizado y viable de soberanía (tanto personal, como social y nacional) requiere la superación (convencida) de tal egoísmo y su reemplazo por un modelo integrador y dialogante, donde lo “propio” se realiza también *con* lo “otro” (y no *contra* él) y donde unidades menores van posibilitando integraciones mayores que las fortalecen (y no las *absorben*).

Se trata entonces de construir un *nuevo imaginario latinoamericano* (en el sentido positivo y afirmador del término “imaginario”) y aquí esta categoría de “*soberanía ampliada*” nos parece útil para fundamentar desde ella la posibilidad de una auténtica integración regional. Entendemos por tal aquélla que realiza y completa su voluntad autónoma y su deseo de libertad (base de todo tipo de soberanía), *más allá de la esfera exclusiva del “yo” o del sí mismo*. Esto es, un proyecto de libertad y autonomía que, si bien parte como reclamo y llamada del “yo”, no se queda en él (a la manera del “egoísmo” moderno), sino que *requiere al “otro”* como contrapartida inexcusable de mi propia libertad. En consecuencia: mi libertad no termina donde empieza la libertad del otro, sino que allí apenas comienza a madurar ese *proyecto en común* donde el yo y tú devienen un “*nosotros*”.

Proyecto por cierto lleno de contradicciones, tensiones y dificultades, pero inexcusable para la realización auténtica (y sostenible) de todo yo (y de todo tú). Así, en este pasaje de la autonomía (imperial) del yo a la *heteronomía del “nosotros”*, aquél yo

inicial se *amplía* (no se “reduce”, ni se “limita”, como pregona el contractualismo o el pactismo tradicionales) y en esa misma ampliación fortalece y gesta (en comunidad con el “otro”) un espacio y un tiempo cualitativamente distinto: el del “*nosotros*”, una *región* por completo diferente y sin embargo *encarnada* que contiene (y a la vez supera) los respectivos puntos individuales de partida.

Así es como -en nuestro entender- este concepto de “*soberanía ampliada*” resulta la matriz teórica adecuada para pensar (más allá del “pacto” o de la “invasión”, del yo al otro) la creación de un “*nosotros*” cultural sobre el cual hacer descansar (por acción de la *solidaridad* y la *justicia*, antes que por la guerra o la conveniencia circunstancial) una nueva realidad: la *región* común, la *comunidad* (de *destino* y no sólo de “origen”), la “*soberanía regional*”, en fin. Se trata de un concepto político y cultural de primer orden ya que -cuando falta o ni siquiera se lo esboza- lo económico, lo comercial y hasta o diplomático se encuentran enormemente dificultados.

A punto de subir nuevamente los presidentes a las alturas del Cusco y a la brava pampa de Ayacucho, si miramos hacia nuestra historia continental más reciente (siglos XIX y XX), lo primero que salta a la vista es la *fragmentación* del territorio sudamericano y de su política en común, a favor de *nacionalidades* débiles y muchas veces enfrentadas entre sí, lo cual fue alejando cada vez más a la región de aquél “*nosotros*” que enfrentó con éxito, en su momento, al ocupante. Es cierto que las ingerencias externas contribuyeron en mucho para ello, pero también lo es la responsabilidad que le cabe a sus clases dirigentes en el debilitamiento de ese imprescindible *nosotros* regional. Si éste no impera, no *rije* (curiosamente “región” tiene etimológicamente que ver con *rego*: “regir, dirigir, conducir, gobernar y enderezar”; no sólo es entonces “país o comarca”), si ese *nosotros* no *rije*, decimos nosotros, o se encuentra fuertemente debilitado, todo se complica. Es entonces cuando un arancel de importación, un cupo de exportación o el discurso inoportuno de un funcionario o de un empresario, pueden más que quinientos años de historia, de sueños y hasta de rivalidades compartidas. Pasar del Mercado Común del Sur a una Comunidad Latinoamericana de Naciones, si esta vez va en serio, implicará volver a poner sobre la mesa esta noción de “soberanía ampliada”, para superar así tanto del mero reflejo defensivo (frente al poderoso de turno), como el oportunismo económico (frente a las tentadoras góndolas globales). Y si no ahora, ¿cuándo?

Mario Casalla, es filósofo. Docente e investigador, su último libro publicado es *América Latina en perspectiva* (Altamira, Buenos Aires, 2003). mcasalla@fibertel.com.ar